
CUARTA EPOCA.

LOS CRISTIANOS.

I.

La noche era tranquila y apacible: el reposo del sueño reinaba en aquel arrabal de la ciudad de Tolosa, á orillas del Garona, que hoy es tan rico y populoso, y el silencio más profundo reinaba también en aquel grupo de miserables chozas que ocupaba entónces la orilla de dicho rio.

Cuando se observa un silencio semejante en el recinto de un pueblo ó en la morada de una tribu, significa y atestigua que sus habitantes, por algunas horas al ménos, han podido encontrar el olvido de sus miserias y de su pobreza. La velada sólo es alegre en la casa del rico: bajo el techo del pobre es indicio seguro y cierto de grandes apuros ó de tristes duelos. Una enfermedad, ó un trabajo urgente y extraordinario, es casi siempre lo que hace

brillar una luz tenue á las altas horas de la noche en el interior de una humilde choza.

Ante aquel aspecto de sosiego y de tranquilidad hubiérase podido creer que, en la época de que nos ocupamos, los pescadores y bateleros que habitaban aquella especie de barrio, habían obtenido de sus magistrados y autoridades la mayor suma posible de bienestar á que puede aspirar un hombre sin bienes y sin fortuna; esto es, el trabajo durante el día y el reposo durante la noche.

Y sin embargo, jamas se habia visto la colonia de Tolosa tan afligida como entonces.

Un hombre acababa de pasar por el camino de la historia, y el hálito de aquel hombre, como atmósfera mefítica y pestilencial, habia sembrado el terror, la muerte y la desolacion, lo mismo en las más ricas que en las más pobres familias; porque para gobernar creyó preciso hacer rodar las cabezas de los más nobles ciudadanos, y necesitó hasta el último sextercio de todos los súbditos de su imperio. Aquel hombre se llamó Caracalla, y este nombre lleva en sí mismo tal noción de tiránico despotismo y tal idea de insensata y salvaje crueldad, que es inútil detenerse á explicar los infinitos males que hizo por don-

de quiera que se dejó sentir su influencia.

No era, por tanto, el tranquilo reposo á que se entrega el hombre laborioso despues de las fatigas del trabajo, la causa del silencio y de la oscuridad que reinaba en aquel grupo de cabañas: una orden de los magistrados obligaba al sueño, y ya hacia mucho tiempo que apenas era de noche sonaba el toque ó la señal de silencio en la ciudad de Tolosa.

Habíase hablado de ciertas nocturnas asambleas y de reuniones secretas que se celebraban en distintos lugares y á diferentes horas, y en la imposibilidad de impedir las ó de sorprenderlas, por la disciplina que tenían para juntarse ó para disolverse, consideróse como un crimen el tener luz encendida durante la noche en el interior de las viviendas.

Uno de los espías nocturnos destinados á vigilar si se prestaba obediencia á dicha orden, y que á la sazón recorría aquella parte de la ciudad, creyó ver que por las mal unidas tablas de una puerta se deslizaba cierto resplandor.

Aquella puerta era la de una casita construida con un poco de más esmero que las otras vecinas y que presentaba un aspecto más limpio que la mayor parte de ellas. Se hallaba situada en el centro de un pequeño jardín, protegido tan sólo por una

débil verja de madera, y no parecía sino que todos los habitantes del barrio tenían un cuidado especial con aquella morada; porque jamás fué arrojada ninguna inmundicia ni basura en sus cercanías, y hubiérase dicho que era como una especie de templo rodeado de cierta atmósfera de santidad y pureza, que inspiraba á todos el mayor respeto.

Sin embargo, Cilo, que este era el nombre del espía cuyo cometido se extendía en algunas ocasiones á desempeñar el odioso papel de delator, separó los maderos ó trancos que cerraban la portada del jardín y se aproximó con sigilo á la puerta de la casita, cerciorándose, no sólo de que había luz dentro de ella, sino de que sus moradores velaban. En seguida tomó sus precauciones para no ser visto en el caso de que alguien saliese ó entrase en aquel recinto, porque no ignoraba que si las leyes protegían la delación, pagándola á precio de oro, esto sólo tenía lugar á condición de que el delator no se dejase sorprender.

Muy frecuentemente los jueces, despues de haber condenado á un hombre por virtud de la denuncia de uno de esos espías, cerraban los ojos y dejaban impunes los actos de venganza que los sentenciados ejercían contra sus miserables delatores,

cometiendo así delitos más culpables, algunas veces, que el pretendido crimen por el cual habían sido perseguidos.

Cilo, pues, dió la vuelta al rededor de la casa, cuyos moradores estaban infringiendo las ordenanzas de los ediles, y por las rendijas de una ventanita baja pudo escurriñar con ávidos y curiosos ojos algo de lo que sucedía en el interior de aquella vivienda.

Algunas de las palabras que oyó pronunciar le dieron á entender desde luego que eran varias las personas que allí se encontraban; pero aún no podía ni saber el número de ellas ni el sexo á que pertenecían, y Cilo tuvo miedo ante la sola idea de que podía ser visto ó descubierto por algún hombre, aunque éste fuese el ser más débil de la tierra; porque no existía en el mundo criatura más raquítica, ni más cobarde. Pequeño de estatura, flaco, subido de hombros y un poco cargado de espaldas, bizco, de frente ancha y deprimida, arrastrando aquellos miembros extenuados en una vida de libertinajes y mostrando en su pálido semblante la expresión y el sello de su ruin ferocidad, Cilo era uno de esos entes miserables que llevan en el rostro el verdadero retrato del alma. Su aspecto era tan repugnante que todo el que le encontraba en su camino apartaba

la vista con disgusto, y aquel á quien se acercaba, retrocedía con horror. Este sentimiento de antipatía que su sola presencia física inspiraba á los que no conocían sus condiciones morales, era á sus ojos tan imperdonable como el que inspiraba á los que le conocían: aquella alma sólo sabía odiar y sólo gozaba en el mal de todos.

El júbilo de Cilo fué, por tanto, inmenso cuando pudo cerciorarse de que aquel modesto albergue estaba ocupado solamente por tres mujeres: dos de ellas muy jóvenes y de una belleza extraordinaria, y la tercera de una edad más avanzada, aunque de figura esbelta y arrogante: las primeras, pálidas y delicadas; la otra de una constitucion fuerte y robusta: aquéllas, de modesto aspecto y voz tímida; ésta, de mirada altiva y firme entonacion.

Agazapado y metiendo los ojos por la estrecha rendija de la ventana, con el objeto de poder averiguar quiénes eran aquellas mujeres y lo que ellas hacían á la tenue luz de la lámpara que las alumbraba, Cilo representaba la semejanza del tigre que agarrado á los hierros de su jaula persigue con feroz y sanguinaria mirada á los curiosos que deseára devorar.

Desde luégo pudo ver que dichas mujeres se ocupaban en un trabajo de costura: el movimiento de sus brazos para las pa-

sadas de la aguja, y la blancura de la tela que descansaba sobre sus rodillas, se lo hubiera hecho conocer desde luégo, por más que ellas estuvieran situadas de espaldas á la ventana.

Cilo comprendió que su descubrimiento carecía de importancia. Ciertamente que allí se desacataba el cumplimiento de lo que estaba mandado; pero aquellas mujeres, que pasaban la noche entregadas á un trabajo propio de su sexo y necesario sin duda para el sostenimiento de sus existencias, serian consideradas con indulgencia por parte del magistrado.

Sin embargo, era tal su afan de sacar provecho de su descubrimiento, ó mejor dicho, era tal el instinto de ferocidad de aquel hombre que permaneció inmóvil junto á la ventana presintiendo poder explotar algun crimen que existiera entre aquellas tres inocentes criaturas. A pesar de sus ánsias, trascurrían las horas sin que ocurriese ninguna novedad: el trabajo continuaba sin interrupcion, oyéndose por intervalos alguna que otra palabra suelta, que Cilo escuchaba perfectamente, por más que nada extraordinario pudiese sorprender de la conversacion, que siempre se concretaba exclusivamente á calcular la hora que pudiera ser, como estímulo sobre la necesidad de apresurar la tarea,

Cilo empezaba ya á impacientarse y casi tenía perdida toda esperanza de provecho, cuando llegó á sus oídos el ruido de los pasos de una persona que se aproximaba á la casita.

— Si es un hombre y entra en esta casa, no habré perdido el tiempo del todo; — se decía Cilo. — Un hombre que á deshoras de la noche visita la morada de dos lindas jóvenes, da mucho que sospechar, y si por ventura mía el que llega fuese un joven patricio recientemente revestido con la toga pretexta, en ese caso este jardín y esta casita serían de mi propiedad ántes de ocho días; porque yo sabría probar de mil maneras que aquí se atentaba á la corrupcion, por parte de estas tres mujeres, contra la inocencia del joven.

La mitad de los deseos de Cilo se cumplieron; los pasos que habia oído se dirigian en efecto hácia la casita; pero cuando penetró en la estancia el sujeto á quien esperaba con tanta ansiedad, reconoció con pena que era un anciano, cuyo modesto aspecto no le daba lugar para insistir en el proyecto de acusacion que habia imaginado pocos momentos ántes. Aquel anciano tenía tal representacion de santa dignidad, y sus serenas facciones atestiguaban tanta tranquilidad de conciencia, que Cilo comprendió, á pesar de todo lo que él era

capaz de imaginar con sus detestables y malignos pensamientos, que sería muy difícil poder acusar de ninguna cosa culpable á aquel hombre. Sin embargo, Cilo no habia perdido del todo sus esperanzas, y ya fuese bajo un aspecto ó bajo otro, se proponia insistir en sus perversos instintos, porque sabía muy bien que en el seno de las sociedades corrompidas y relajadas existen dos clases de crímenes: los que están condenados por los eternos principios de la moral y los que inventa la ley de los hombres por castigar actos que se opongan á determinados y privilegiados intereses. Los primeros no estaban borrados en los códigos de aquel pueblo; pero los segundos estaban previstos y clasificados por el tiránico gobierno de Caracalla con casuístico lujo de opresion.

La velada de aquellas tres mujeres constituia desde luégo un delito que debía necesariamente venir á hacerlo más grave la presencia de aquel hombre. Cilo, pues, esperó.

Con la mirada fija sobre aquellos cuatro personajes, experimentaba aquel malvado el presentimiento de un infame lucro, como el perro de caza cuya nariz se ensancha al olfatear la pieza que aún no ha visto.

Las tres mujeres se pusieron en pié

cuando se presentó el anciano, y le saludaron con respeto dándole el nombre de Padre Saturnino. Las dos jóvenes se arrodillaron en seguida ante él y Saturnino extendió las manos sobre sus cabezas para darles la bendición. La otra mujer permaneció de pie sin hacer otras demostraciones, aunque á decir verdad, manifestaba con su actitud casi tanto respeto hácia aquel anciano como sus dos compañeras.

Saturnino, despues de haber pronunciado en tono de oracion y en voz baja algunas palabras, se volvió hácia la mujer que no se habia arrodillado y la dijo:

—Veo, Verónica, que habeis ayudado en su piadosa obra á vuestras jóvenes amas, aunque condenais las creencias y los sentimientos religiosos que las han impulsado á emprenderla.

—Yo no condeno las creencias ni los sentimientos de nadie, señor; —respondió Verónica —pero guardo y conservo los míos, que eran la fe de mis padres, como mis jóvenes dueñas siguen la ley en que nacieron.

—Dices bien, Verónica; la noble familia de los Faustos fué una de las primeras que se acogieron á la santa doctrina que el Señor me ha encargado la mision de propagar en esta tierra de desolacion. Desde la época de Nerón data la fecha en que

esta noble familia abrazó la religion del Crucificado, á la cual han permanecido fieles todos sus descendientes durante más de doscientos años.

—Y siempre estarán dispuestos á morir en defensa de ella —añadió una de las jóvenes con voz tan dulce y tan delicada, que la palabra *morir* en aquellos labios tan puros parecia materialmente la manifestacion de un santo valor inspirado por la Divinidad.

—Dios, nuestro Señor, exige algunas veces de sus hijos grandes pruebas de fe; pero acude al socorro de todos ellos en sus aflicciones, y la historia de vuestra propia familia nos ofrece la mayor demostracion de lo que digo. No creo que tenga yo necesidad de recordárosla, porque vosotras la conoceis perfectamente y no debeis haber olvidado que aquella noble Chrysis, de la cual descendeis, sólo encontró en la santa doctrina de nuestra religion la fortaleza y los consuelos necesarios para poder soportar la ignominia que pesaba sobre su inocencia: y bien sabeis asimismo que su digno esposo Fausto, vuestro abuelo, no tuvo la resignacion suficiente para despreciar las murmuraciones de los malvados que le acusaban por haberse enlazado con una mujer víctima de los atropellos con que unos infames la habian deshonrado, sino

cuando las santas lecciones de nuestros apóstoles le hicieron comprender y enseñaron que la virtud es tanto más grande y meritoria á los ojos de Dios, cuanto más oculta é ignorada es á los de los hombres.

—Sí, padre mio;—dijeron á una voz las dos jóvenes.

Despues la que representaba ménos edad añadió:

—Ved ahora el fruto de nuestro trabajo y de nuestra velada; la blanca túnica de lino con que debeis revestiros mañana para celebrar la sagrada ceremonia de la Pascua, está casi acabada. Sólo faltan algunos momentos más de trabajo para que vos mismo podais llevárosla.

—Continuad, pues, hijas mias—dijo Saturnino;—porque yo he practicado ya todas mis visitas y necesito descansar algunos instantes.

Verónica ofreció á Saturnino un escabel ó banqueta, y las tres mujeres emprendieron de nuevo su trabajo.

Esta breve y sencilla conversacion quitó á Cilo toda clase de esperanzas; porque habia reconocido en Saturnino al humilde pastor eclesiástico del reducido número de cristianos que tenian el valor de profesar públicamente una religion que, aunque en secreto, contaba ya en su seno á la mayor parte de los habitantes de las Galias.

No quiere esto decir que hubieran terminado las persecuciones contra los cristianos; porque de cuando en cuando se decretaban dichas persecuciones por los emperadores; pero tambien es cierto que algunas veces los magistrados no prestaban obediencia ni ejecutaban las órdenes ó sentencias de prisiones, de destierros ó de martirios que se dictaban en Roma. En aquellos momentos históricos era cuando Caracalla tenia fija toda su atencion en los preparativos de la guerra que intentaba llevar al corazon de la Germania y se ocupaba muy poco del gobierno religioso de la Galia, cuyo Propretor no sólo no demostraba ninguna enemiga hácia los cristianos, sino que por el contrario, habia llevado su indulgencia para con ellos hasta el extremo de permitir á Saturnino que edificase, en un sitio próximo al famoso capitolio de Tolosa, una modesta y pobre iglesia, donde aquel virtuoso prelado predicaba sus doctrinas al abrigo de los insultos del populacho y de los ataques de los sacerdotes del paganismo. Esta manifestacion de proteccion del gobernador de la provincia pretoriana no era debida á que dicho magistrado practicase en secreto la religion del Crucificado: tenia su origen solamente en el sentimiento de respeto y

veneracion que todo hombre de bien tributa á la virtud, sea cual fuere la religion y la divinidad que la inspire. Por esta razon los primeros cristianos merecieron durante mucho tiempo los homenajes de una respetuosa consideracion, áun de sus más encarnizados enemigos, y las persecuciones de que fueron víctimas frecuentemente, reconocieron por causa, más bien el ódio que inspiraban sus virtuosas costumbres á toda aquella corrompida sociedad, que no el temor ó el peligro que pudieran inspirar sus creencias y la nueva religion que profesaban.

Entre todos los cristianos de aquella comarca llamaba la atencion su jefe y pastor Saturnino, tanto por la superioridad de su espíritu, como por la pureza y santidad de su vida. Cilo no ignoraba esto y sabía además que si se formulase una acusacion ante los magistrados contra aquel venerable varon, no sólo sería rechazada, sino que daría lugar á que se le permitiera ejecutar á la clara luz del sol lo que en aquel momento practicaba en las sombras de la noche. Demas de esto, que la familia de los Faustos habia gozado siempre una muy alta consideracion en la provincia, hasta el punto de que, reducidos casi á la miseria sus últimos descendientes por las inmoderadas exacciones de Caracalla, inspi-

raban no obstante la mayor veneracion y respeto.

El espía, sin embargo, meditaba si debía retirarse ó continuar su espionaje. El instinto del mal le detuvo en aquel sitio para poder sorprender la conversacion que siguió entre Saturnino y las dos jóvenes. La mayor de ellas, que se llamaba Sidonia, dirigió la palabra á Saturnino sin quitar la vista de la labor que traía entre manos, y le interrogó diciendo:

—¿Sería una indiscreta curiosidad, padre mio, el preguntaros qué suceso extraordinario os ha hecho dejar vuestra morada, en medio de la noche, para visitar á vuestros hermanos y llevarles vuestra santa palabra?

—No considero que sea un suceso extraordinario el que me ha hecho levantar de la tierra, donde me encontraba arrodillado y en oracion, para ir en busca de mis queridos hermanos. Ha sido una voz secreta la que me ha dado el aviso y me lo ha ordenado: una inspiracion divina que me ha anunciado el instante supremo de una separacion que yo creia no estar tan próxima y que ha de suceder muy pronto. Y como tengo el convencimiento de que ha llegado la hora en que otro pastor designado por el Altísimo ha de venir á sucederme para guiar á mis discípulos por el

camino de la santa religion que han seguido conmigo, he querido visitarlos para infundirles el valor necesario y para darles quizás mi última despedida.

—Qué horrible desgracia es ésa que nos anunciáis!—exclamó Valeria, la más joven de las dos hermanas.—¿Quereis acaso abandonarnos? ¿La voz del Altísimo reclama que vayais á visitar otras comarcas, para predicar en ellas la fe que aquí habeis hecho fecundar para toda una eternidad? ¿Esa voz divina os ha señalado el término de vuestros pasos?

—Si he de creer los anuncios de la celeste vision que ha descendido sobre mi espíritu durante mis oraciones, nada tengo que hacer léjos de estos lugares, y aquí ha de ser donde he de ejecutar los últimos actos que atestigüen el valor de mi fe.

—Qué quereis decir?—exclamaron las dos hermanas llenas de horrible temor;—presentis alguna nueva desventura?

—No, hijas mías; la desventura no cae sino sobre los malvados.

—Y tambien sobre los abandonados, padre mio;—dijo Valeria.—¿Qué será de nosotros y de nuestros hermanos si nos vemos todos privados de vuestra enseñanza y de vuestros santos ejemplos?

—¿Tan poco arraigadas están en todos vosotros mis doctrinas, que pueda perder-

se el fruto de ellas el día que os faltase mi palabra? En cuanto á los ejemplos que os ofrezco, hijas mías, quizás me tenga el cielo reservada la suprema dicha de daros el más glorioso de todos los que de mí habeis recibido. La corona del martirio es, á no dudar, demasiado esplendente y honrosa para adornar una frente tan humilde como la mia; y sin embargo, me atrevo á esperar que Dios la colocará en ella para que sus luminosos resplandores alumbren las tinieblas de las dudas en los espíritus de algunos, y afiancen á todos en la verdadera fe de nuestra religion.

—Segun eso, tendréis ya algunos motivos para temer que el pueblo ó los magistrados os acusen ú os maltraten?—dijo Verónica.—¿Habeis tenido secreto aviso de ello por algun amigo, ó es que habeis ya sido objeto de algun ataque?

—Buena mujer—respondió Saturnino, —el hombre no puede saber nunca cuál sea la voluntad y los decretos de Dios, á no ser que el mismo Dios se digne revelarlo.

—Ya lo sé yo muy bien todo eso—respondió Verónica con la ruda supersticion que demostraba en todas sus palabras.—Un sueño es á veces un buen aviso y hay algunos que resultan augurios infalibles; pero es necesario, sin embargo, no conce-

der á todas esas cosas más crédito del que sea conveniente. Muchas veces he soñado yo que se incendiaba la casa, lo cual es un pronóstico de riquezas, ó bien que los ratones me roían la punta de los zapatos, lo cual es un anuncio de muerte, y no por eso he adquirido riquezas ni he dejado de gozar buena salud.

—Callad, Verónica—replicó Saturnino; —y no confundais los pueriles engaños de vuestros falsos dioses con las augustas y santas verdades que el Supremo Hacedor se ha dignado anunciarnos.

—Vamos, padre, no digais eso: mis dioses son tan buenos como puede serlo el vuestro; solamente que como son más antiguos, empieza á olvidárseles.

—Que vengan esos demonios (1)—gritó Saturnino con un entusiasmo que anunciaba la exaltacion de su espíritu,—que vengan á mí para reducirlos al silencio y encadenarlos bajo mis piés.

—Yo lo creo, yo lo creo—contestó la imperturbable Verónica; —porque dicen que cuando vos pasais por la plaza del Capitolio para encaminaros á vuestra iglesia, los dioses del templo se estremecen sobre

(1) Los primeros cristianos consideraban á los dioses del paganismo, no como seres fabulosos, sino como verdaderos demonios rebelados contra Dios.—(N. del T.)

sus altares y los oráculos permanecen mudos hasta que os alejais, y no pueden ya escucharse las mágicas palabras que vais pronunciando.

—Si Dios ha concedido ese poder á mis oraciones, ¿por qué no abren los ojos á la fe los que perseveran en el error y en la herejía?

—Teneis razon—replicó Verónica;—pero bien sabeis que han existido otros hechiceros ó mágicos, que tambien fueron crucificados mucho ántes que ese á quien llamais vuestro Redentor, y que tienen un poder extraordinario. No léjos de aquí tenemos uno que hace palidecer, á su voluntad, la luz de la luna, y que ha convertido en cigüeña á la anciana esposa del Questor, la cual viene todos los años el día de su muerte á colocarse sobre el techo de la casa de su marido, lanzando desconsoladores gemidos.

—No es esta la primera vez que os oigo confundir las obras del espíritu de las tinieblas con las del espíritu de la luz.

—¿Y quién me asegura que seais vos la luz y que no lo sea....

—Silencio, Verónica—exclamó Valeria, que comprendió la indignacion de Saturnino.—No discutais sobre cosas que no entendéis: escuchad con atencion, si queris, la santa palabra del venerable Pastor,

y pedid al cielo que ella os ilumine al fin como á nosotras.

Verónica movió la cabeza de un lado á otro para manifestar su incredulidad; pero no volvió á pronunciar ni una palabra más. Sidonia entónces dijo:

—¿Quereis decirnos, padre, dónde habeis escuchado esa voz celeste que os ha dado ese aviso, que yo no llamaré aviso fatal, puesto que viene del cielo, pero que no por eso dejará de ser una gran afliccion para vuestro rebaño, si se realizan sus anuncios?

—Ya os he dicho, hijas mias, que me encontraba en oracion, arrodillado sobre el pavimento de mi pobre morada y allí rogaba al Todopoderoso que me inspirase palabras persuasivas, para hablar dignamente de su gloria en el sermón que me proponia predicar durante las ceremonias del santo dia de mañana. Mi alma se habia elevado con amor al Altísimo, y me parecia ya como separada de mi cuerpo. Se me figuraba estar ante la Majestad Divina, invisible, pero presente, á quien mis ojos no podian distinguir en ningun lugar determinado, pero cuyos resplandores me inundaban de luz por todas partes: una celestial armonía, que no procedia de ningun sitio, aunque resonaba en todo el océano de brillante claridad que me rodeaba,

fué penetrando en mi sér lentamente, pero con un poder irresistible, que hizo que mi alma se estremeciera como si formára parte de aquellas divinas vibraciones. Despues, por encima de aquella dulce armonía, elevóse un sonido que yo no podria calificar como una voz, ni como una palabra, manifestándome cuál es la voluntad divina en estos momentos. Yo he comprendido lo que no ha sido pronunciado y he oido lo que no ha sido acentuado, es decir, que he participado de la verdad eterna penetrando en ella como la gota de agua que penetra y se confunde en el mar. De esta infinita é inmensa sensacion ha nacido en mi espíritu una conviccion, una certeza y una fe que yo os traduzco en humano lenguaje para que podais comprenderla.—Gloria á tí, me ha dicho la conciencia de mi destino; gloria á tí, que has de atestiguar con tu sangre lo que has atestiguado hasta ahora con tu palabra: tú elevarás tu cabeza al nivel de la de los santos mártires despues de haber destrozado tus piés por los agrestes y espinosos senderos del apostolado, y serás admitido en el reino de los cielos despues de haber sido un rayo de luz divina enviado á la tierra para alumbrarla!—Sí, queridas hijas mias; yo he gozado este sublime éxtasis, que es sin duda alguna un sagrado

aviso, y me encuentro poseído de una confianza tal y de una fortaleza tan superior, que creeria haber desmerecido la protección y la bondad del Todopoderoso si me viese privado de los dolores y de los sufrimientos que deben abrirme el camino de la gloria eterna.

Mientras que Saturnino relataba sus inspiraciones, las dos jóvenes hermanas lo escuchaban inmóviles y con la vista fija en sus ojos, que miraban al cielo llevando en sus pupilas, como en alas de fuego, las almas exaltadas de aquellas bellísimas vírgenes. Hasta la misma Verónica, incapaz de comprender el significado de las místicas palabras que había escuchado, se sintió dominada por la expresión de la fisonomía de Saturnino; porque revelaba aquel hombre tal inteligencia de la divinidad, y tenía todo su ser tal sello de la participación del Dios excelente y bondadoso que le animaba, que la incrédula y la pagana se encontró penetrada por un destello de aquella misma fe y dejó marchar sus ideas por la órbita de aquel influjo religioso, como el planeta que obedece y gira en derredor del astro superior que lo domina.

Todo aquel poder y todo aquel influjo de la fe y de la bondad debía, sin embargo, embotarse ó extinguirse en la estúpida y perversa malignidad de Cilo, como las

olas encrespadas del mar al avanzar sobre la playa. Aquel hombre odioso, que no se conmovió por el entusiasmo de Saturnino y que no participaba de la fe de las dos jóvenes, ni del asombro de la esclava pagana, sólo tuvo una sonrisa de desprecio para todos los personajes á quienes vigilaba, y la primera reflexión que ocurrió á su mente fué una blasfemia.

—Tengo muchas ganas de probarte— murmuró Cilo—que mis actos valen más que tus predicaciones sobre las verdades de tu religion, y me atosiga el deseo de poder ofrecer pruebas irrecusables y sangrientas de lo que digo, á esos á quienes llamas hermanos tuyos.

Los medios de ejecución eran los que faltaban al pensamiento de Cilo, á quien sólo le ocurría la idea de ir á denunciar las palabras de Saturnino como subversivas y sospechosas; pero algunas frases que pudo escuchar todavía le señalaron el camino que debía seguir para llegar al logro de sus deseos.

Un religioso silencio habia seguido á las revelaciones de Saturnino, y todos habian quedado como abisnados en sus reflexiones, contemplando la triste y misteriosa actitud de aquel venerable anciano, que parecia estar elevado á la presencia de la divinidad en que habia sido iniciado. Las

dos jóvenes permanecían inmóviles, llenas de recogimiento y respeto, sin atreverse siquiera á levantar la vista del suelo; pero Verónica, que participaba no ménos también de aquellas meditaciones, balbuceó al fin con una voz que demostraba cuán grande había sido el influjo que había ejercido sobre ella la exaltación del apóstol:

—¿Me permitís, padre mio—dijo,—que interponga un consejo inspirado sólo por la prudencia y sin ánimos de contrarrestar esas revelaciones sagradas, por medio de las cuales se manifiesta la divina voluntad de vuestro Dios?

Aquella era la primera vez que Verónica la pagana llamaba padre á Saturnino y se expresaba en aquellos términos.

—Hablad, hermana—contestóle Saturnino, que no tanto se atribuía el triunfo del cambio que observaba en el lenguaje de Verónica, como lo consideraba una prueba más de la bondad del Señor para sostenerle en el penoso trance de su misión.

—Pues bien, padre, paréceme que existe un medio bien sencillo de evitar los males que os amenazan; tan sencillo, que yo misma he podido concebirlo y que creo poder asegurar que sería suficiente para vuestra salvación.

—Veamos—dijo Saturnino con bondadosa sonrisa.

—Se reduce, señor, á que deis un pequeño rodeo y cambiéis de camino.

—¿Qué quereis decir?—exclamó vivamente Saturnino, interrumpiendo á Verónica,—que yo abandone la senda que conduce al cielo?

—No; no es eso, padre—replicó Verónica con la prontitud de su carácter impaciente;—no he querido hablar de la senda que conduce al cielo, sino de la que debéis seguir cuando os encamineis á vuestra iglesia. Para dirigiros á ella pasais todos los dias por medio de la plaza del Capitolio, frente á los templos de Júpiter y de Diana, y todos los dias vuestra presencia es señalada con algun suceso extraordinario, que irrita y exaspera en alto grado la cólera de nuestros sacerdotes. Evitad esas públicas provocaciones que pudieran considerarse como retos á la autoridad que representan, y el descontento y las iras que ellos intenten levantar contra vos entre las masas populares carecerán de pretexto, y las desgracias que todos tememos no podrán ya amenazarnos.

—La única desgracia que yo debo temer—contestó Saturnino—es la de no seguir siendo digno de que el Señor me conceda el santo martirio que me ha sido prometido, y yo sería ciertamente merecedor de esa desgracia, si practicase los culpa-

bles consejos que he escuchado de tus labios, y que te perdono, porque no puedes comprender todo lo que encierran de indigno y de ofensivo.

—Sin embargo, padre mio—se atrevió á decir tímidamente Valeria,—esa precaucion sería bien poca cosa....

—¡Poca cosa!—replicó Saturnino con severo acento.—¡Poca cosa! ¿acaso es poco hacer retroceder al verdadero Dios, en la persona de su representante, ante esos ídolos malditos que son la personificacion de los demonios? Fortalecido con el amparo de Dios y defendido con la santa oracion, ¿habia de faltarme valor para desafiar á sus enemigos? Ese valor heroico que la defensa de su propia dignidad inspira á los hombres más vulgares, ¿no habia de tenerlo yo, cuando se trata de la Majestad Divina y del triunfo de su causa? No, hijas mias, no. En el día de mañana, como siempre, yo atravesaré por medio de la plaza del Capitolio, y si es ése el lugar que Dios ha señalado como término de mi peregrinacion y de mis trabajos, yo seré fiel á sus mandatos y acudiré sumiso á su llamamiento. No olvideis, sin embargo, que yo os espero en la casa del Señor, y que mañana es el santo día de la pascua en que los cristianos deben comparecer ante Dios, practicando el sacramento de la Comunion

y afianzando así los sagrados lazos que os unen á su Iglesia.

Saturnino se puso de pié despues de haber pronunciado esas palabras, tomó de manos de las jóvenes la blanca túnica de lino con que debia revestirse al dia siguiente, y salió de la casita al despuntar el alba.

Al mismo tiempo se deslizaba con precaucion un hombre á lo largo de la cerca que rodeaba el jardin, y bien pronto desapareció por entre las casas que se levantaban próximas á la orilla del Garona.

II.

Aquel hombre que escapaba, ó mejor dicho, que se deslizaba protegido por las sombras, era Cilo, á quien las últimas frases de Saturnino habian inspirado un infame proyecto que ardia en deseos de poner inmediatamente por obra. Al efecto, sin detener su ejecucion, se alejó de aquel barrio, donde no habitaban más que pescadores y marineros, y se encaminó hácia otra parte de la ciudad, ocupada casi exclusivamente por tejedores y obreros de las muchas fábricas de telas que existian por entónces en Tolosa.

En todas las épocas se ha venido observando constantemente que existe una no-